



Universo Emilia Pardo Bazán

CORRESPONDENCIA CON BENITO PÉREZ GALDÓS

Más allá de sus obras literarias, Benito Pérez Galdós y Emilia Pardo Bazán mantuvieron una correspondencia romántica de lo más intensa hace más de un siglo.

Protagonizaron una intensa aventura amorosa y por su correspondencia descubrimos los detalles de una fogosa relación en la que se mezclaron los escauceos, la literatura, los celos y las encendidas disputas académicas y periodísticas de la época.

Los especialistas Isabel Parreño y Juan Manuel Hernández, rescataron las epístolas que los efusivos amantes se cruzaron entre 1883 y 1915. De las que envió Galdós a Pardo Bazán solo se ha salvado una, datada en 1883. Pero afortunadamente se conservan 92 de las que remitió la escritora a su **“querido y respetado maestro”** y que se publicaron en conjunto en el libro **“Miquiño mío. Cartas a Galdós”** que tenéis disponible para su préstamo en las Bibliotecas de Arganda del Rey.



Todo comenzó sobre el año 1881 cuando Emilia Pardo Bazán comienza a escribir a un escritor más experimentado en busca de consejo. **“Ilustre maestro y amigo”** o **“Querido y respetado maestro”**, son algunos de los encabezamientos de las cartas que se conservan.

Dos imágenes de juventud de Benito Pérez Galdós y Emilia Pardo Bazán. (Casa-Museo de Benito Pérez Galdós / Archivo de la RALG)

Su relación se iniciaba así de una forma amistosa y profesional, pero fue derivando con los años en algo mucho más intenso. Asentada ya en Madrid, donde Benito Pérez Galdós vivía también, Emilia Pardo Bazán se separa de su marido, José Quiroga, en 1883 al no verse apoyada en su carrera.

Su esposo le habría exigido que se retractase de algunos de sus artículos publicados y que eligiese entre la literatura y su matrimonio. Pardo Bazán lo tuvo claro, y eligió las letras.

Una decisión difícil en la época, aunque para ella un poquito menos, dado que era noble y heredaría de su padre el título de condesa de Pardo Bazán, venía de una familia con dinero y tenía su propia fortuna, que le permitió seguir dedicándose a su pasión por la escritura.

Con su separación matrimonial, que en la época no era precisamente una cuestión menor, la escritora se lanza a tumba abierta a disfrutar de su libertad literaria y vital. Crece su amistad con Galdós y el progreso se refleja paulatinamente en la correspondencia, con saludos más cariñosos: *“Amigo querido e inolvidable”* o *“Amigo querido y no digo más”*. En este período, entre carta y carta, ella escribe “Los pazos de Ulloa” y él “Fortunata y Jacinta”. Casi nada.

Baroja, Pereda, Clarín y el largo etcétera de los escritores de la época repudiaba a Pardo Bazán. Le dijeron de todo, desde que era de una “obesidad desagradable” hasta que “en su conversación, era ansiosa y trepadora”, para llegar aún más lejos: “Cuando se muera, habrá fiesta nacional”. Pero Galdós no se dejó contaminar por los juicios de sus colegas de oficio y siempre la miró con horizontalidad, con admiración y respeto.

Mencionamos siempre las cartas de Pardo Bazán porque son las que más se conservan, 92 en total de forma pública, ya que de Galdós solo se mantiene una, que envió a la escritora en 1883. Aunque los expertos dan por supuesto que (al analizar las contestaciones de ella) eran muy similares en fogosidad.



Fotos (Getty / Archivo da Real Academia Galega)

El momento más explosivo de estos amores llega en los años 1888 y 1889, un tiempo en el que la relación alcanza su mayor intensidad, ***“Te muerdo un carrillito y te doy muchos besos por ahí, en la frente, en el pelo y en la boca”***, detalla la escritora a su ***“ratonciño querido”***, a quien bautiza una y otra vez con toda clase de diminutivos: ***“miquiño mío del alma”***, ***“monín”*** o ***“fachiña amado”***.

“Me están volviendo tarumba tus cartitas. Creo que jamás escribiste con tanta sencillez, con una gracia más bonita y más tierna. No sé las veces que he leído esta última epístola, ni el bien que me hizo, ni cuánto se me humedecieron los ojos... Un beso del fondo del alma”, encontramos también en las letras de la gallega.

Los protagonistas también tuvieron que enfrentarse a un duro golpe a su amor. Alrededor de 1889 Galdós descubre que Emilia Pardo Bazán tiene una aventura con José Lázaro Galdiano, el empresario y coleccionista de arte.

Una infidelidad que fue muy dura para ambas partes y que, según encontramos en análisis literarios, el escritor narró en “La incógnita” y “Realidad” y la autora gallega en “Insolación” cómo se habían sentido.



Por suerte para nuestros literatos enamorados, la reconciliación no tardó en llegar. Así que de nuevo por las cartas que encontramos de la autora de “Los pazos de Ulloa”, volvió la conexión más íntima entre ellos.

“Pánfilo de mi corazón: rabio también por echarte encima la vista y los brazos y el cuerpoté todo. Te aplastaré. Después hablaremos dulcemente de literatura y de la Academia y de tonterías. ¡Pero antes morderé tu carrillito!”, manda en una carta Bazán a Galdós.

Fotos (Casa-Museo de Benito Pérez Galdós / Archivo de la RALG)

Unas letras que nos transmiten la felicidad de la pareja, y nos permiten conocer el lado más personal de estos dos increíbles escritores. Por ejemplo, tras volver de un viaje por Europa, Emilia escribe en su misiva: ***“Mi bien, mono, compañerito, que te acuerdes mucho, mucho, de mí, y con las mismas saudades que yo de ti”***.

“Que sueñes en renovar horas tan venturosas, y que vayas tramando el modo de realizarlo en compañía de tu Peinetita, que te besa un millón de veces el pelo, los ojos, la boca y el pescuezo”.

“Ven a tomar posesión de estos aposentos escultóricos. Aquí está una buitra esperando por su pájaro bobo, por su mochuelo. Hay en mí una vida tal afectiva y física, que puedo sin mentir decir que soy tuya toda: toda, me has reconquistado de muchas maneras y más que nada porque nunca me habías perdido; porque te quise ayer y te querré mañana”.

Sin embargo, a partir de 1890 la cosa comienza a cambiar en esta relación epistolar. Aunque se sigue manteniendo un tono cariñoso, con expresiones como ***“ratoncito mío”***, sus encuentros comienzan a desaparecer. Todo parece indicar que se debe a que Galdós había dejado embarazada a Lorenza Cobián, una nueva relación con la que tuvo una hija en Santander en 1891.

Así, aunque su relación amorosa quedará rota mantuvieron una correspondencia postal muy amistosa hasta 1915, cuando se cree que la débil salud de Pérez Galdós, ciego por cataratas y con secuelas de una apoplejía, le hizo dejar de escribir tan a menudo. Aunque puede que, sencillamente, no se conserven.

Sabemos que Pérez Galdós era muy discreto con su intensa vida privada, prefería contar la historia de otros, por lo que no sorprende que no dejara cartas tras su muerte. ***“Nada de esto merece que se le cuente al público”***, escribió a su amigo Leopoldo Alas Clarín.

Benito Pérez Galdós falleció en 1920 a los 76 años en Santander, mientras que solo un año después fallecería su querida Emilia Pardo Bazán a los 69 años en Madrid por complicaciones en su diabetes.

Ambos nos dejan maravillosas obras literarias, pero si queremos conocer este lado más íntimo y personal y el mundo que les rodeaba, que también contiene constantes menciones a la política o la actualidad social de entonces, nada como leer su correspondencia.